

FRAGMENTOS DE LA CIVILIZACION ES OBRA DEL PUEBLO Y NO DE LOS GOBERNANTES

José Nicolás Matienzo

El tema que voy a tratar brevemente esta noche me ha sido sugerido por críticas injustas que, durante la dictadura que acaba de pasar, se han hecho frecuentemente contra la capacidad del pueblo para dirigir su propia vida. Se le ha imputado una ineptitud natural, que debe ser suplida, según los críticos, por la sabiduría de un dictador, llámesele Mussolini, Primo de Rivera o Porfirio Díaz.

Los críticos callan sobre el modo de elección del dictador, sin duda porque quieren que él mismo se designe por la fuerza sola o por la fuerza precedida de la astucia. Tampoco prevén la manera de poner fin a una dictadura que resulte desacertada o perjudicial, acaso porque no conciben un dictador que cometa desaciertos ni agravios o porque están de antemano dispuestos a aplaudir incondicionalmente todos los actos del dictador sin examen previo y cualquiera que sean sus consecuencias.

He sido desde mi juventud enemigo de toda dictadura y de toda institución que impida o estorbe el desenvolvimiento de la vida individual y social en paz y libertad.

En 1880, siendo yo estudiante, escuché en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, una disertación del más ilustre de nuestros comprovincianos, de Juan Bautista Alberdi, que era entonces diputado por Tucumán, único cargo parlamentario que desempeñó en su vida y que le fue conferido mientras se hallaba en la larga expatriación comenzada en 1835, durante la tiranía de Rosas, e interrumpida en 1879, bajo la presidencia de Avellaneda. La disertación se titulaba "La omnipotencia del estado es la negación de la libertad". Aunque yo conocía ya las *Bases, su Sistema Económico y Rentístico y Peregrinación de Luz del Día*, obras en que Alberdi se muestra radicalmente liberal y adverso a toda acción gubernativa que aniquile o debilite la iniciativa particular, la disertación mencionada me impresionó por la claridad y energía con que demostraba el error de los que atribuyen a los gobiernos, con detrimento de la libertad, funciones tutelares de la vida social.

Dos citas de autores británicos me llamaron especialmente la atención: la una del gran filósofo Herbert Spencer y la otra del padre de la economía política, Adam Smith.

He aquí las palabras citadas del primero, que, según lo supe después, pertenecían a un artículo publicado en 1853:

«La iniciativa privada ha desmontado, desaguado y fertilizado el país y edificado las ciudades; ha excavado las minas, ha trazado caminos, ha abierto canales, ha construido ferrocarriles; ha inventado y perfeccionado arados, telares, máquinas de vapor, prensas de imprimir e innumerables máquinas; ha construido nuestros buques, nuestras vastas manufacturas, nuestros diques; ha establecido bancos, sociedades de seguros y la prensa periódica; ha cubierto el mar con líneas de buques de vapor y la tierra con telégrafos eléctricos. La iniciativa privada ha traído la agricultura, la manufactura y el comercio a su altura actual y está ahora desarrollándolos con creciente rapidez».

En la cita de Adam Smith, más extensa, transcribe las palabras siguientes, tomadas de la *Riqueza de las naciones*, obra publicada en 1776.

"El esfuerzo constante, uniforme y no interrumpido de cada particular, para mejorar su condición, principio de donde emana originariamente la opulencia pública y nacional, tanto como la opulencia particular, es a menudo bastante fuerte para hacer marchar las cosas de mejor en mejor y para mantener el progreso natural, a pesar de la extravagancia del gobierno y de los más grandes errores de la administración. Semejante al principio de la vida animal, él restaura comúnmente la salud y el vigor de la constitución, en despique, no solamente de la enfermedad, sino de las absurdas recetas del médico".

Con estos antecedentes, no extrañaréis que, en el pleito seguido ante el tribunal de la historia sobre la paternidad de la civilización, yo me pongo del lado del pueblo contra el gobierno, es decir, que yo sostengo que la civilización es obra de la iniciativa privada de los miembros del pueblo y no de la acción oficial de los funcionarios gubernativos.

Hagamos una rápida revista de la génesis y desarrollo de, la civilización.

El dominio del hombre sobre la naturaleza empezó a establecerse en la más remota antigüedad. Minerales, vegetales, animales cayeron gradualmente bajo el poder del hombre primitivo, que los hizo servir para satisfacer sus necesidades de alimento y abrigo. Primero los aprovechó en el estado en que los encontró, y así bebió el agua de las fuentes, de los ríos, de la lluvia; comió los frutos espontáneos de las plantas; cubrió su desnudez con hojas; y se guareció contra la intemperie en las cuevas o bajo los árboles. Después, pasando gradualmente por las edades prehistóricas que los sabios llaman de la piedra, del bronce y del hierro, aprendió a utilizar sucesivamente como utensilios las piedras, los cuernos, los huesos, las ramas, la madera, los metales. Domesticó animales: el perro, la cabra, la gallina, etc., y empleó como alimento la carne y la leche, con la que inventó la fabricación de manteca y de queso. Inventó el modo de obtener fuego, y este invento, maravilloso en pueblos salvajes, tuvo para el progreso humano consecuencias incalculables, gracias a sus múltiples aplicaciones en la vida individual y colectiva, las más antiguas de las cuales fueron la cocina, la chimenea y el horno. Ningún gobierno intervino en estos descubrimientos e invenciones, ni en ninguno de los posteriores.

Los hombres primitivos inventaron también procedimientos para ayudar a la naturaleza a producir los frutos que ellos necesitaban: araron y sembraron.

Descubrieron las fibras textiles del algodón, del lino y de la lana, e inventaron el hilado y el tejido, fabricando telas para vestirse y abrigarse.

Excavaron minas y extrajeron de ellas el cobre, el estaño y el hierro y alearon los dos primeros metales para formar el bronce. Y avanzando un poco en civilización, construyeron viviendas, primero con ramas, después con piedras y madera.

Paralelamente, iban almacenando sus observaciones de los fenómenos de la naturaleza, formando así una ciencia rudimentaria de aplicación a las necesidades de la vida. Así recogieron las primeras nociones de astronomía, que les permitieron predecir la vuelta de las estaciones adecuadas para la siembra y la cosecha.

Pero, en la evolución humana, la creación más admirable, a mi parecer, es la del lenguaje. Este medio de comunicación entre miembros del mismo grupo social permite a todos conocer y utilizar la experiencia y las opiniones de cada uno y, desde que fue complementado por la invención de la escritura, asegura la transmisión del pensamiento del hombre hasta la más remota posteridad.

El lenguaje, desde su forma primitiva de simple exclamación, hasta su forma actual de conjunto de palabras capaces de expresar las ideas más complejas, se ha desarrollado y sigue desarrollándose como producto social sujeto a la ley natural de la evolución y no a precepto alguno de los gobernantes de las naciones.

"No tenemos prueba de que el lenguaje humano - dice Herbert Spencer- haya estado alguna vez compuesto únicamente de exclamaciones y haya sido, por tanto, estrictamente homogéneo respecto a las partes de la oración. Pero es un hecho establecido que se puede remontar en el desarrollo del lenguaje hasta encontrar una forma en que sus únicos elementos eran nombres y verbos. En la multiplicación gradual de las partes de la oración desde estas dos primitivas, en la diferenciación de los verbos en activos y pasivos, y de los nombres en abstractos y concretos; en la aparición de distinciones de modo, tiempo, persona y caso; en la formación de verbos auxiliares, de adjetivos, adverbios, pronombres, preposiciones, artículos; en la divergencia de estos órdenes, géneros, especies y variedades de las partes de la oración con que las razas civilizadas expresan pequeñas modificaciones de sentido, vemos un cambio de lo homogéneo a lo

heterogéneo. Y puede notarse que la lengua inglesa supera a las otras en estructura especialmente, porque ha llevado más lejos esta subdivisión de funciones."

El gran lingüista norteamericano William Whitney, ha hecho notar que todo idioma y todo cambio en él son obra de la comunidad de los que hablan, aunque ella no puede obrar sino aceptando o desechando la iniciativa de sus miembros individuales. La obra de cada individuo es hecha impremeditadamente, porque él solo se propone usar el idioma común en su propio beneficio, sirviendo sus fines particulares; pero así cada uno es actor en la grande obra de perpetuar y dar forma al habla común.

Cada modificación de vocabulario o de forma gramatical iniciada por un individuo necesita entrar en circulación y obtener el asentimiento general, que sólo se gana lentamente, venciendo las resistencias opuestas por el uso anterior o la extrañeza producida por la novedad.

"Los que hablan una lengua -dice Whitney- constituyen una república, o más bien, una democracia, en que la autoridad es conferida solamente por sufragio general y para justa causa y es ejercida bajo vigilancia y control constante. Se permite ampliamente a los individuos que hagan adiciones al habla común, si hay razón para ello, y si, en su obra, respetan el sentir de la comunidad."

A estas sabias observaciones del filólogo norteamericano agregaré que la democracia lingüística no admite dictaduras, oligarquías, ni gobierno personal de ninguna clase. El monarca más absoluto no puede imponer a un pueblo vocablos o construcciones gramaticales que éste no consienta. Tampoco lo puede el orador o hablista más eminente. Las llamadas academias de la lengua en España y en Francia no han intentado jamás alterar las reglas gramaticales establecidas por el uso, ni han insertado en sus diccionarios palabras que no hayan adquirido derecho de ciudadanía en el habla común. La Academia Francesa no se ha animado a hacer una gramática. La Española lo ha hecho; pero se ha limitado a exponer metódicamente el resultado de sus investigaciones sobre el modo real de hablar el idioma español. Inglaterra y los Estados Unidos, poseedores del lenguaje más perfecto, según Spencer, no tienen academia de la lengua, sin duda porque, siendo esas dos naciones las democracias más adelantadas de la tierra, quieren dejar al pueblo el libre ejercicio de la soberanía lingüística.

La gramática de una lengua es como una constitución consuetudinaria que se modifica gradualmente a proporción que se alteran las condiciones y circunstancias de la vida social.

De ahí que nadie pueda indicar el momento preciso en que deja de usarse una palabra o una frase, para ser reemplazada por otras equivalentes- En América usamos todavía expresiones que ya no se usan en España, su país originario. En las provincias argentinas del litoral han dejado de usarse voces que todavía se oyen en el interior. Estas diferencias verbales revelan diferencias de opiniones o de gustos, heterogeneidad que favorece el sentimiento de autonomía social o política.

En estos accidentes de la vida del lenguaje no interviene nunca la acción del estado. No se conoce ley, decreto ni ordenanza que haya determinado o alterado las partes de la oración o la construcción de la frase, ni que haya reglamentado la concordancia de los adjetivos con los sustantivos o la conjugación de los verbos. Todo eso lo ha hecho la democracia lingüística de que habla Whitney, como es ella la que ha formado nuevos idiomas con palabras de otros. Es ella la que ha constituido el grupo de lenguas indoeuropeas que sirven a las naciones más civilizadas de la tierra para expresar sus ideas, sus conocimientos, sus emociones, sus dudas y sus actos de voluntad.